

zon se alarmaban los príncipes católicos, porque Fernando no respetaba ya ningún derecho; si hubiese llegado á destruir el protestantismo, hubiera hecho otro tanto con la independencia de los Estados católicos. Se ha puesto en duda que Fernando II haya pensado en destruir la Reforma; quería solamente, dice un excelente historiador, reducir el protestantismo alemán á los estrechos límites de la paz de Augsburgo (1). Es verdad que el emperador declaró que jamás había tenido el pensamiento que se le suponía; pero ¿cómo creer en sus palabras, después que había violado sus compromisos en la Bohemia y en el Austria? ¿Era más sagrada la paz de Augsburgo que la *Ley de Majestad*? Vencedor de los protestantes, no hubiera necesitado más que un pretexto; los jesuitas lo inventaron contra los protestantes de Bohemia y de Austria; lo hubieran igualmente encontrado para romper el tratado de Augsburgo.

El edicto de restitución fué un paso en este sentido. Hé aquí por qué los hombres sensatos del partido católico lo desaprobaban; veían al final una guerra religiosa, y la más ruda de todas, porque estaba alimentada por el interés personal. Hasta los hombres de guerra fueron de esta opinión (2); pero, como siempre, los jesuitas triunfaron. Ya diremos más adelante cómo el celo de los reverendos padres en exigir de los protestantes la restitución de los bienes usurpados á los católicos no era completamente desinteresado; sin embargo, ellos fueron los que arrastraron al emperador. Era, repetimos, un momento solemne en los destinos de la Alemania. Los protestantes humillados, abatidos por la derrota sucesiva de todos los campeones de su causa, se hubiesen avenido fácilmente; se hubieran contentado con la revocación, y caso necesario, con una ejecución no muy dura del edicto de restitución. ¿Cuál fué el genio maléfico que impidió toda transacción? El Pontificado. Fué fácil al nuncio excitar á los eclesiásticos á que se sostuviesen en una cuestión que interesaba á la vez la ambición y la codicia de los preladados; la política de violencia triunfó. El Pontificado, enorgullecido por las victorias del catolicismo

(1) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VII, p. 129.

(2) Véase la opinión de KOLALTO, en KHEVENHILLER, *Annales*, t. XI, p. 183.

en Alemania, no ocultaba ya sus designios. La paz de Augsburgo no le importaba nada; no había consentido en ella jamás (1). Roma creyó llegado el momento de dar un golpe mortal al protestantismo. Para destruirlo, era preciso perseguirlo no solamente en Alemania, sino en todas partes, hasta en Inglaterra. Volvió á pensarse en el antiguo proyecto de la conquista de las Islas Británicas. La España consintió inmediatamente. En Francia, un santo personaje que acostumbraba mezclar la intriga con la devoción, el cardenal Berulle, ayudó á decidir al rey. Se celebró un tratado, en el cual la ambición temporal del soberano Pontífice quedaba satisfecha, así como también su dominación espiritual; en el reparto del botín (2), se le reservaba la Irlanda. Jamás se había encontrado la Reforma en más inminente peligro. ¿Quién la salvó? Gustavo Adolfo y la horrible guerra de los treinta años.

§ II. La Reforma salvada por la guerra de los treinta años.

I.

Hémos aquí de nuevo en presencia de uno de esos inmensos acontecimientos que los unos dicen ser necesarios y los otros providenciales. ¿Era realmente inevitable la guerra de los treinta años? Nada es fatal de una manera absoluta, puesto que Dios ha entregado el mundo y sus destinos á la acción de la libertad humana. Un historiador alemán acusa á Fernando II de haber provocado la resistencia de los protestantes, y por consiguiente la guerra, abusando de sus victorias con tanta imprudencia como injusticia (3). Pero el emperador no fué más que el órgano, por mejor decir, el instrumento ciego del catolicismo; habría, pues, que decir que la guerra de los treinta años se hubiera podido evitar, si Fernando no hubiese tenido los sentimientos mezquinos y las pasiones violentas que debía á la sangre de su madre y á la

(1) «*A cui non haveva giammai assentito la sede apostolica*» dice el Papa hablando de la paz de Augsburgo. (RANKE, *Fürsten und Völker*, t. III, p. 513.)

(2) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. III, p. 514, 517.

(3) ANCIILLON, *Cuadro político de la Europa*, t. II, p. 24.

educacion de los jesuitas. ¿No es esto decir que el emperador de Alemania obró, como debía obrar, en un tiempo de luchas religiosas y con las convicciones que le animaban? Al decir que la lucha terrible del siglo XVII era inevitable no lo imputamos á Fernando, sino al catolicismo, á los papas y á su milicia, los jesuitas, que querian reconquistar el terreno que la Iglesia habia perdido, ya á sangre y fuego, ó ya por la ruina de Alemania.

Los historiadores alemanes que acusan á Fernando II, deberian dirigir mayores censuras aún á sus correligionarios. Trátase de la existencia misma de la Reforma, y los protestantes no hicieron nada por salvarla. Vieron los trabajos de la reaccion católica, reaccion tan patente que los más ciegos hubieran debido convencerse de que el catolicismo queria su destruccion, y ellos no hicieron nada por detenerla. Cuando estalló la guerra por la insurreccion de la Bohemia, los protestantes, en lugar de unirse contra el enemigo comun, se dividieron. Fernando hubiera podido proseguir desembarazadamente la reforma católica, si la causa de protestantismo no hubiese encontrado aliados en el extranjero. Sin la intervencion de la Suecia y de la Francia, la Reforma hubiese perecido. Los Alemanes maldicen hoy á sus libertadores y los infinitos males que causaron á la Alemania, la ruina material, la barbarie intelectual y moral, el decaimiento y la dependencia de su patria; no deben quejarse más que de sí mismos. En su ciego orgullo, procura el hombre descargar sobre los demás la responsabilidad de los males que le agobian, como si él mismo no fuese la causa y el actor de ellos. Así ha sucedido con los protestantes de Alemania en el siglo XVII. No faltaron voces proféticas; no las escucharon, no tuvieron la fuerza de iniciativa necesaria en las épocas de revolucion; se necesitó el apoyo del extranjero y los horrores de una guerra, semi-civil, semi-religiosa, para salvarlos. ¡Gran leccion para las naciones! Ayúdense á sí mismos, y Dios les ayudará. Cuando no se salvan por sí mismas, Dios las salva tambien, pero por uno de aquellos remedios violentos que, como las tempestades, no fertilizan más que devastando.

La Biblia, cuya lectura agrada tanto á los protestantes, hubiera debido enseñarles que todo reino que se divide perecerá. Apenas existia la Reforma, se dividió en dos sectas rivales, los lute-

ranos y los suizos. Los separaba un punto oscuro de un misterio ininteligible; esto bastó para encender odios que duraron mientras la teología cristiana dominó en los espíritus. Habia reformadores (éstos eran los más avanzados) con el heroico Zuinglio á la cabeza, que se elevaban por encima de aquellas mezquinas pasiones; ofrecieron la mano á Lutero, y Lutero la rehusó. La fe hacia callar á la caridad. ¿No hubiera debido convencer esta sola circunstancia al gran reformador de que semejante fe era un error, puesto que Jesucristo dice incesantemente que la caridad es la ley de las leyes? Vióse reinar el odio en lugar de la caridad. Los luteranos ortodoxos se mostraron tan intolerantes como los católicos: decian que los calvinistas eran peores que los Turcos (1). En la explicacion de un catecismo luterano, se lee que habia en el mundo dos Antecristos, el uno en Oriente, Mahoma, el otro en Occidente, Calvino (2).

A su vez, los reformados exasperados acabaron por decir que se unirían con los luteranos, cuando se unieran el fuego y el agua (3). Esto era proclamar una guerra á muerte en el seno de la misma Reforma. ¿Cómo, á falta de caridad, no tenian los protestantes bastante inteligencia política para ver que sus disensiones daban fuerza al catolicismo? Pero era tal el extravío, sobre todo en los luteranos, tal su estupidez, como dice en su cólera un reformado suizo, que preferian los católicos á los calvinistas (4), porque los calvinistas les parecian más apartados del verdadero cristianismo que los papistas (5). Esto era dar la mano al enemigo comun para ayudarle á combatir al amigo: jamás las pasiones religiosas cegaron hasta un punto igual á los hombres sobre sus verdaderos intereses.

Los católicos, unidos como un solo hombre, empezaron á reobrar contra el protestantismo en los principados eclesiásticos. Hubiera

(1) Carta de Villiers al príncipe de Orange (1580): « Los nuestros en Alemania son tenidos por peores que los Turcos. » (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, t. VII, p. 272.) — Compárese la carta del landgrave de Hesse (1578). *IB.*, t. VI, p. 321.

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, segunda serie, t. II, p. 224.

(3) J. VON MÜLLER, *Allgemeine Geschichte*, lib. XXI, c. 4.

(4) « *Germanorum plusquam belluina stupiditas* » (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. VII, p. 7).

(5) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. III, 2, § 41 nota 22.

sido preciso luchar, conquistar la libertad religiosa contra los obispos; los obispados se hubieran convertido en estados protestantes, y de este modo el protestantismo hubiera adquirido tal fuerza que hubiera sido imposible toda reaccion. Los innovadores tenían á su favor el poder del movimiento revolucionario; no faltaba más que dejarle marchar. En la dieta de Ratisbona de 1575 se presentó la ocasion. Hubiese bastado el concurso activo de los príncipes protestantes para triunfar, pero el elector de Sajonia tuvo escrúpulos de legalidad: ¡los calvinistas no estaban comprendidos, dijo, en la letra del tratado de Augsburgo! (1). Si Lutero se hubiese dejado llevar de semejantes escrúpulos, ¿hubiera quemado la bula del papa? ¿la Alemania hubiera tenido la Reforma? Entre tanto la reaccion católica hacía progresos espantosos. En lugar de combatirla, los protestantes disputaron entre sí sobre sutilezas teológicas; si hubiesen mostrado en la lucha contra el catolicismo la mitad del ardor y de la constancia que mostraron en la discusion de materias que no pueden discutirse, porque no son del dominio de la razon, el Pontificado no existiría. Pero aquellos debates fueron tan estériles en resultados como funestos para la union y la fuerza del partido protestante. En la dieta de 1582, el elector palatino pidió la libertad religiosa para los protestantes en los estados católicos. El duque de Württemberg objetó que era preciso examinar ante todo si aquellos protestantes eran de la confesion de Augsburgo; luterano ortodoxo no trataba de abrazar el partido de herejes tales como los calvinistas (2). Había espíritus ménos rencorosos, á quienes afectaban dolorosamente aquellas disensiones: éstos rogaban. En lugar de rogar, hubiera sido mejor obrar, como dice el conde de Nassau, que se lamentaba incessantemente de la ciega seguridad y de la increíble inercia de los protestantes en presencia de las invasiones diarias del Pontificado: «Dios no manda solamente que rognemos, dice; quiere tambien que hagamos algo; no basta lamentarse y gritar: «¡fuego!», es menester prevenir el fuego ó impedirle su desarrollo llevando agua para extinguirlo (3).

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. v, p. 343.

(2) MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. v, p. 143.

(3) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, segunda serie, t. I, p. 261-269 (1594).

La Providencia ofreció todavía á los protestantes una ocasion favorable de conquistar la libertad religiosa, y además una garantía de esta libertad que hubiese hecho imposible la reaccion del catolicismo. En 1585, el arzobispo de Colonia, Truchsess, se casó y abrazó el calvinismo. Enrique, rey de Navarra, envió un embajador á Alemania para excitar á los príncipes protestantes á unirse con el elector contra el enemigo comun; en lugar de un tratado de union, *Segur* hizo una disertacion teológica, en la que se refutaban los errores del calvinismo, y en que se excitaba á los hugonotes á acogerse á la confesion de Augsburgo. La Sajonia se declaró abiertamente contra el arzobispo, porque era calvinista, y para sostenerlo, se necesitaba algo más que argumentos teológicos. Todos los luteranos siguieron este ejemplo; dejaron al arzobispo que se batiese solo contra los católicos, y encontraron muy chistoso el reirse en verso de su posicion desesperada (1). Indudablemente, si los príncipes protestantes hubiesen sostenido al elector, se habria encendido la guerra entre el protestantismo y el catolicismo; hubiese sido preciso combatir para quitar el electorado de Colonia al partido católico, pero esta guerra la hubieran hecho los protestantes como conquistadores; por haber retrocedido ante una guerra de conquista, se vieron obligados en el siglo xvii á sufrir una guerra cruel, á fin de defender su existencia amenazada. Pero ¿como habian de unirse los protestantes contra el enemigo comun, cuando estaban desgarrados por divisiones intestinas? Las miserables querellas de luteranos y calvinistas sobre el misterio de la Eucaristía fueron la causa de su debilidad, y estuvieron á punto de producir la ruina de la Reforma. En la dieta de 1594, el elector palatino se puso á la cabeza de los protestantes, y pidió que no se acordasen socorros contra los Turcos, más que á condicion de que el emperador les hiciese concesiones religiosas. Esta política habia sido la de los reformadores alemanes en su lucha contra Carlos V; estaba dictada por el buen sentido, pero el buen sentido y la teología están rara vez de acuerdo. Los teólogos luteranos manifestaron á los príncipes que la

(1) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. v, p. 158 y sig.—HÄBERLIN *Neueste deutsche Reichsgeschichte*, t. xv, Prólogo, p. 38.

conciencia no les permitía entrar en relación con los calvinistas, que Dios mismo prohibía el comunicar con los herejes. En lugar de oír la sana razón, los príncipes siguieron constantemente la opinión de los teólogos (1).

II.

Si se quiere ver al protestantismo alemán en toda su debilidad, es menester seguirle en sus relaciones con los reformados belgas y franceses. Se censura á los partidos religiosos del siglo XVI por haber buscado aliados en el extranjero; debería más bien censurarse la inercia y la culpable indiferencia de los protestantes de Alemania respecto de sus hermanos calvinistas. Los destinos de la Reforma, su existencia misma, estaban interesados en la insurrección de los Países Bajos contra Felipe II y en las guerras civiles de Francia. En efecto, las guerras de religión no eran acontecimientos aislados, encerrados en los límites de algunos Estados; eran fases de la lucha general del protestantismo y del catolicismo. El Pontificado pretendía extirpar la herejía, no en este ó en aquel país, sino en todas partes; si hubiese triunfado en los Países Bajos y en Francia, hubiera vuelto inmediatamente sus armas victoriosas contra los protestantes de Alemania. Puesto que los intereses de los protestantes en toda la cristiandad eran solidarios, el más sencillo deber de prudencia les mandaba unir sus esfuerzos, cuando el enemigo común unía los suyos. Los insurrectos de los Países Bajos dirigieron incesantemente á sus hermanos de Alemania (2) excitaciones en pro de la unión. Pero los reformados de Francia y de Bélgica tenían la desdicha de proceder de Calvino; á los ojos de los luteranos, eran sacramentarios, destructores de imágenes, insurrectos rebeldes: «Se haría un gran servicio á Dios, decían, y un bien á toda la cristiandad, si se acabase con ellos, si se los aniquilase» (3). En 1604, el conde pala-

(1) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. V, p. 285.

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, segunda serie, t. II, p. 264.

(3) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. III, p. 333.

tino propuso en la dieta de Ratisbona hacer la paz con los Turcos y emplear las contribuciones del Imperio contra los Países Bajos y los calvinistas (1). En semejante disposición de ánimos, era imposible la unión. Debemos insistir sobre la división y falta de inteligencia política de los protestantes alemanes en el siglo XVI; ella explica la debilidad y nulidad del partido protestante en el siglo XVII.

Los reformados de los Países Bajos pidieron el apoyo de sus hermanos de Alemania. Después de largas dilaciones, algunos príncipes consintieron en enviar una diputación á la duquesa de Parma; pero no intercedieron más que por los luteranos, al paso que casi todos los protestantes de los Países Bajos eran calvinistas (2). El landgrave de Hesse escribió á Luis de Nassau que convenia á los reformados belgas abrazar la confesión de Augsburgo, pues si no, no hallarian socorro alguno en los príncipes alemanes (3). Más tímido todavía el elector de Sajonia, escribió á Guillermo de Orange que los habitantes de los Países Bajos debían ante todo someterse á Felipe II, en seguida implorar la libertad de profesar la verdadera religión cristiana, es decir, la confesión de Augsburgo, y que entonces los príncipes alemanes se decidirían á dar un paso en su favor; que si el rey de España empleaba la violencia para restablecer el catolicismo, era preciso esperar en Dios (4) y orar mucho. Darian ganas de considerar esta política como estúpida, si en el fondo no hubiese un sentimiento religioso, siempre respetable, por más que esté extraviado; los Alemanes no han comprendido jamás que obrar es también orar, y que la acción vale más que la oración, cuando se trata de defender sus derechos. ¡Otra ilusión del espíritu alemán! El elector de Sajonia no encontró consejo mejor que dar á Guillermo de Orange que «hacer una memoria bien trabajada, bien detallada, bien compuesta» (5). Mientras el príncipe de Orange escribía su memoria, el duque de Alba hubiera tenido tiempo de cortar las

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, segunda serie, t. II, p. 322.

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. III, p. 80 y sig.

(3) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. II, p. 481, 490-492.

(4) «Darumb dann der ewig Gott von hertzen zu bitten und ihme die Sache zu beehelen ist.» (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. II, p. 398.) C. IB, p. 396.

(5) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. III, p. 34.

cabezas. Hay épocas en que es preciso dejar la pluma por la espada. Los príncipes alemanes, por el contrario, reprobaban todo lo que fuera recurrir á las armas (1). Así se expresaba el más aventurero, el más emprendedor de los soberanos protestantes; el landgrave de Hesse se lamentaba de que los Belgas no se hubiesen sometido á D. Juan de Austria, en lugar de lanzarse en una guerra sin salida que debía causar la muerte á millares de hombres (2). En cuanto al elector de Sajonia, llegó hasta á desear que las ciudades insurrectas no imitasen la resistencia heroica de Harlem, porque la paz sería así más difícil (3). Decididamente los Alemanes no entienden de revoluciones. ¿Los príncipes de Hesse y de Sajonia se imaginaban acaso que los Países Bajos conquistarían sin lucha la libertad religiosa? Les fué preciso combatir aún durante cuarenta años, ántes que su soberbio enemigo consintiese en una tregua; pero en cambio la sangre derramada no fué estéril; la jóven república salió fuerte y poderosa de su duelo gigantesco y tuvo la gloria de contribuir á la fundación de la libertad religiosa en Europa.

Los príncipes alemanes ni aún comprendían la libertad religiosa por la cual corrían olas de sangre en los Países Bajos. Todo lo que el landgrave de Hesse pidió al emperador en favor de los insurrectos fué la libertad de emigrar (4). Los príncipes protestantes no imaginaban que los hombres, los súbditos, tuviesen derechos; no conocían más que los derechos de los soberanos. Lo que más preocupó al elector de Sajonia en las empresas de Guillermo de Orange, fué la dignidad del príncipe; le escribió que por la intervencion del emperador conservaría sus honores y sus tierras; que no había, pues, razón para obrar (5). ¡Y la fe, y la conciencia, y la libertad y los Belgas que perecían por el fuego y el hierro! El landgrave de Hesse decía lo mismo (6). Así, pues, la gran

(1) Carta del landgrave de Hesse á Guillermo de Orange (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. III, p. 274).

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. VI, p. 254.

(3) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. IV, Apéndice, p. 32.

(4) Carta del landgrave de Hesse al elector de Sajonia (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. IV, p. 101).

(5) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. III, p. 215.

(6) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. III, p. 287.

lucha del protestantismo y del catolicismo quedaba rebajada á las mezquinas proporciones de un interés de príncipe! Nada más ciego que el interés personal que, sin embargo, se cree tan perspicaz; no ve más que el presente, no ve el porvenir. ¿Puede creerse que hubo príncipes alemanes en los ejércitos de Carlos V y de Felipe II contra sus correligionarios? Se les hizo creer que no se trataba de la religión. En verdad, bien merecían el desprecio que les manifiestan amigos y enemigos. *Languet* dice que «los hambrientos príncipes de Alemania se vendían á quien les pagaba, y que en caso necesario venderían su protestantismo» (1). «Son, dice el duque de Alba, grandes señores; tienen en sus armas grandes animales, tales como leones, águilas, osos; tienen grandes dientes y grandes uñas, pero no muerden ni arañan» (2).

Oigamos una voz más grave, la del héroe cuya inquebrantable constancia salvó por lo ménos la mitad de los Países Bajos; la voz de Guillermo el Taciturno es el fallo de la Historia, es la condenación de los protestantes de Alemania. Las empresas repetidas del príncipe de Orange en los Países Bajos fracasaron, porque los príncipes alemanes no le prestaron auxilio alguno; escribió en 1568, repitió en 1572 que no recibía ni un céntimo (3). Sin embargo, sus necesidades iban creciendo, y en su apuro volvía siempre sus ojos hácia los príncipes del Imperio, esperando que tendrían piedad de la miseria de sus hermanos, y que les tenderían la mano; pero apenas había concebido una esperanza, cuando conocía que por aquel lado no debía esperar nada. Encomendó su causa á Dios, con la firme confianza de que Dios no le abandonaría: «Pero también por nuestra parte, dice, estamos resueltos á no abandonar la defensa de su palabra y de nuestra libertad, hasta el último hombre» (4). Guillermo de Orange no se equivocaba en no contar más que con Dios y con su valor: «Los príncipes alemanes, dice en 1584, han sido buscados muchas veces, y jamás hemos recibido de ellos socorro alguno, ni por asomo, ni

(1) LANGUET, *Epistolæ Secretæ*, 37.

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. VI, p. 300.

(3) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. III, p. 311, 483, 484, 489.

(4) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. V, p. 300.

«*un siquiera de palabra*» (1). Estas quejas no eran las recriminaciones del interés particular, ni de la ambición. El Taciturno veía más lejos que los príncipes alemanes; les dijo incesantemente que no tanto peligraba la causa de los Países Bajos como la del protestantismo. Escribió en 1572 al conde Juan de Nassau: «Es ya tiempo de que los príncipes de Alemania se despierten y vean qué es lo que se pretende. No es á mí á quien se dirigen. Los católicos han resuelto poner en ejecución su antiguo proyecto, que se reduce á extirpar á todos aquellos que no están sometidos á la dominación romana, y á reducir á la Europa á la obediencia del Papa.... Después que nosotros los pequeños hayamos sido derrotados, habrá de llegar el turno á los príncipes alemanes para satisfacer la avaricia y la rabia sangrienta de esos enemigos de Dios.... Despierten, pues, desde ahora, si no quieren ver la ruina entera de la Alemania que amenaza ya sus cabezas!» (2).

III.

Los destinos de la Reforma se debatían al mismo tiempo en Francia y en los Países Bajos. Durante largo tiempo, los hugonotes, contentos con derramar su sangre por Cristo, se dejaron degollar, sin pensar en la resistencia. Cansados al fin de aquellas carnicerías, tomaron las armas, y una pequeña minoría tuvo en jaque las fuerzas de un poderoso reino. Como todos los días estaban á punto de sucumbir, se dirigieron á sus hermanos de Alemania. Los príncipes protestantes no dejaron de asistirles con sus oraciones, llevaron su valor hasta el punto de intervenir cerca de los reyes de Francia por medio de recomendaciones, pero se limitaron á esto. Cuando se reunieron en Ratisbona, escribieron una famosa carta á Francisco I aconsejándole la clemencia (3), lo cual no impidió al rey de Francia demostrar su celo por la religión ortodoxa, quemando á los calvinistas. Nueva intervención cerca de Enrique II: los príncipes protestantes le aseguraron que los

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. VIII, p. 341 y sig.
 (2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. III, p. 507.
 (3) BRETSCHNEIDER, *Corpus Reformatorum*, t. IV, p. 325.

hugonotes no sostenían ninguna opinión sediciosa, ninguna creencia contraria al Evangelio; aconsejaron al rey que les dejase la libertad de conciencia; insistieron en la impotencia de la fuerza para destruir la doctrina evangélica, diciendo que la sangre más bien serviría de semilla para aumentar los cristianos de día en día; en fin, confesaron que la respuesta que se les había dado á una primera embajada les había convencido de que los suplicios cesarian, y que, sin embargo, se continuaba como ántes persiguiendo á los hugonotes por medio del fuego, la espada y toda especie de tormentos. Esta confesión hubiera debido abrir los ojos á los protestantes de Alemania sobre la inutilidad de sus gestiones pacíficas y sobre la necesidad de un apoyo más eficaz. El rey dijo á los embajadores que fuesen bien venidos, y que les enviaría, por medio de un gentil-hombre, respuesta que les dejase satisfechos: «Sin embargo, dice un historiador contemporáneo, no habían partido los embajadores, cuando el fuego, que parecía haberse apagado con su venida, abrasó á un gran número de prisioneros por causa de la religión» (1).

En tiempo de Carlos IX, los dos partidos, el rey y los hugonotes, acudieron á los príncipes alemanes; éstos respondieron por medio de homilias religiosas, dirigidas ¿á quién? ¡A Catalina de Médicis! El duque de Wurtemberg escribió á la reina madre, «que no veía más camino para poner el reino en buena paz, sino que primeramente se reconciasen con Dios pidiendo perdón y gracia por las faltas cometidas en el pasado contra su santa voluntad, abriendo las puertas al Dios de gloria, nuestro Señor Jesucristo, haciendo predicar su santo Evangelio santa y puramente á cada cual» (2). Hacer recomendaciones religiosas á Catalina de Médicis ¿no era una tontería? Los reyes de Francia acabaron por aburrirse de aquellos eternos sermones. En tiempo de Enrique III llegó á París una nueva embajada protestante. Dirigió al rey palabras bastante severas: «Un edicto solemne había dado la paz á los hugonotes; éstos descansaban en la fe y en la palabra de la santa Majestad, ornamento singular y joya la más preciosa

(1) DE LA PLACE, *Del estado de la religión y república*, lib. I.
 (2) *Memorias de CONDÉ*, t. III, p. 704.

de los príncipes en opinion de todos los pueblos. Habiendo el rey comprometido su honor, no tenía perdon ante Dios si perseguía á los inocentes, faltando á la palabra empeñada.» Estas reconven- ciones eran justas, pero no se debe hacerlas á un monarca pode-roso, sin contar con un ejército que las sostenga. Enrique III respondió: «que Dios le habia encomendado el gobierno de su reino, que de su sola autoridad dependia el ordenar lo que más conviniera; que sabia proveer á lo que hubiera de hacerse, y con- servar unidos los pueblos que Dios habia puesto á su cargo.» Se cuenta que ántes de la partida de los embajadores el rey les hizo saber: «que los que pretendian que habia faltado á su palabra al revocar el edicto de pacificacion, habian mentido; que esta decla- racion debia servirles de audiencia de despedida, porque no que- ria volver á recibirlos» (1).

En vez de hablar y predicar, los príncipes alemanes hubieran debido obrar. Las disensiones religiosas entraron por mucho en su inaccion. Viéronse luteranos que servian á Enrique III contra Enrique IV; habiéndoles invitado los protestantes que servian al rey de Navarra á combatir por la causa de la Reforma, los discí- pulos ortodoxos de Lutero respondieron que el calvinismo era una secta abominable y en oposicion con la confesion de Augsburgo (2). El egoismo y la falta de inteligencia desempeñaron un gran papel en la conducta de los protestantes de Alemania. Un contemporá- neo, nacido de una raza política, es quien les dirige esta censura; lord Willoughby escribió en 1585 á lord Burghley: «Los prínci- pes alemanes continúan viviendo en una profunda seguridad, en una especie como de letargo, sin cuidarse de la posicion de los de- mas y soñando en su *ubiquidad*. Comprenden mucho mejor aque- llo de que *cada cual es para sí su prójimo más inmediato*, que la máxima humana que nos dice: *nada de lo que se refiere á los hom- bres me es extraño*» (3).

(1) *Memorias de la Liga*, t. I, p. 319-325.—DE THOU, lib. LXXXVI.

(2) *Archivos curiosos*, primera serie, t. XI, p. 106-109.

(3) WRIGHT, *Queen Elizabeth*, t. II, p. 274. Lord Willoughby era enviado en Alemania para solicitar auxilios en favor del rey de Navarra en hombres ó en di- nero; tuvo una acogida *maravillosamente fria* (*a marvelous cold answer*).

IV.

Estamos á fines del siglo XVI. La reaccion católica avanza á pasos agigantados: el Pontificado, apoyándose en el fanatismo de España y de la Liga, continúa la destruccion de la Reforma en los Países Bajos y en Francia. Durante este tiempo ¿qué hacian los príncipes de Alemania? «Duermen á pierna suelta, escribe el elector de Colonia, *Truchsess*; temo que se despierten de repente, cuando sea demasiado tarde» (1). Los alemanes no veian lo que pasaba á su alrededor; no comprendian que, en la lucha univer- sal del catolicismo y del protestantismo, debian defender la Re- forma si no querian perecer. «Se convierten en carneros en medio de lobos devoradores, dice *Truchsess*, y al que se convierte en car- nero se lo comen los lobos; los papistas se mueven por todas par- tes, y los protestantes continúan inertes.» Un príncipe de un ca- racter más elevado, el conde de Nassau, desempeñó en la segunda mitad del siglo XVI el papel de Casandra; grita, pero grita en vano, que los protestantes están desunidos, que cada cual no piensa más que en sí, que viven en una confianza ciega y en una apatía sin igual, miéntras que el Pontificado lo invade todo: «El peligro crece, dice, las circunstancias se agravan singularmente; tiempo es ya de que despertemos del sueño de la imprevision.... Los me- jores de entre nosotros creen que han cumplido con todos sus de- beres cuando hacen oracion, dan alguna limosna y meditan sobre la religion; reciben la nueva de algun suceso favorable á los papistas, y se contentan con gemir y apelar al auxilio de Dios. Es menester obrar, es menester unirse, como hacen nuestros adversarios.... El Papa, la España y la Liga ganan terreno de dia en dia; se apoderan de ciudades, de ducados, de reinos, y los protestantes no se mueven, no dan señales de vida!.... Todos gritan: ¡fuego! ¡fuego! pero no veo á nadie que trate de apagarlo; nadie piensa más que en su interés; se olvida que el interés particular no está garantido más que cuando está á salvo el interés general.... La

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, segunda serie, t. I, p. 585.